

## CAPITULO IV

## EL CAIRO

(EL-KAHIRAH)

Enero 15 de 1873.

**V**oy al cabo en camino para el Cairo: día bello en que luce el sol en el espacio sereno, al paso que un viento fresco se encarga de templar el fuego del astro de luz y vida.

Aquí están los campos celebrados que el Nilo fertiliza, y que son amenos y abundosos más que aquellos sobre los cuales llueve el agua del cielo. Por todas partes está cultivado el terreno; los labradores siembran en el invierno, y la tierra produce sin tomar en cuenta las estaciones del año. Aquí están los búfalos, en Europa feroces, arando mansamente la tierra, en tanto que mas adelante hacen el mismo oficio un par inconexo de un búfalo y un camello. El movimiento reina por todas partes. ¡Qué planicies tan verdes! No se percibe ni una montaña en cuanto la mirada alcanza á descubrir á lo lejos. Por uno y otro lado del camino corren pequeños canales. De distancia en distancia hay un par de hombres ó mujeres que con un cesto tomado por dos cuerdas hacen entrar el agua del canal en el sembrado; expediente por decirlo así, primitivo, usado en el Egipto desde antes del tiempo de Sesostris.

Aquí está el lago Mareotis: es un cenagal pestilente. De sus aguas infectas se levantan miasmas deletéreos. Es peor que las lagunas Pontinas de Roma; es un lago que debe desaparecer por bien de la humanidad, de la superficie de la tierra.

Termina el Mareotis; hé aquí de nuevo la vegetacion y el cultivo. Vuelvo á ver por la primera vez desde que salí de México, el algodón, el maíz y la tuna. Mi corazón se ensancha al dulce recuerdo de mis campos natales. ¡Salud mil veces, imágenes de la patria; al contemplarme entre vosotras me siento menos extranjero en este suelo!

Pára el tren. Estamos en Kafr-el-Zäiat, á mitad del camino del Cairo. Tenemos veinte minutos para almorzar. Corro desatentado al «buffet» de la estacion á fin de reconciliarme con mi estómago que se queja de no haber recibido alimento desde el día anterior. Me siento en la primera mesa que encuentro.

—¿El señor quiere almorzar? me pregunta un mozo.

—Vaya que sí, le contesto indignado.

—Sírvasse el señor pasar al salon inmediato.

Me levanto precipitado y corro al salon inmediato. ¡Diantre! van tres minutos perdidos.

El almuerzo llega. Está frio y malo. Se me presenta una botella de cerveza. Tomo un trago y la mitad de una costilla de carnero. Suena una campana. El mozo llega.

—¿El señor va al Cairo?

—Que sí, le digo con la boca llena.

—El tren páрте.

La cabeza se me turba pensando que voy á quedar en la mitad del camino. Tomo mi sombrero y salgo; he olvidado pagar el almuerzo. El mozo me alcanza para cobrármelo.

—¿Cuánto? le pregunto.

—Diez francos, me responde con todo descaro.

—Imposible, le digo sin parar y tratando de sacar las monedas.

El mozo insiste, niego; torna á insistir, y por quitarme el estorbo le cuento febrilmente sobre la mano los diez francos.

Llego al wagon medio sofocado: tomo posesion de mi asiento, y respiro satisfecho. Los minutos corren, y el tren no se menea. Diez minutos de espera. El mozo del «buffet,» por tanto, me robó, tras haberme engañado. Paciencia; á esto y mucho mas están expuestos los viajeros.

Al cabo nos ponemos en movimiento. Aquí está el Nilo. ¡Salud mil veces, famoso rio, divinizado en la antigüedad por un pueblo reconocido! ¡Salud, caudal inmenso de agua, que provees á la subsistencia de un pueblo; segunda providencia de una tierra que seria sin tí arenal estéril y desierto!

Caminamos sobre un puente. Es una construccion soberbia que ha costado mas de diez millones de francos. Antes de existir este puente, el camino de fierro pasaba por otro de barcas. De allí la catástrofe en la cual pereció Ashmed-Paschá, ahogado en el rio.

Aquí está Tantah. El tren expreso no se detiene en esta poblacion de 20,000 habitantes, que tiene célebres ferias. Al pasar descubro una mezquita soberbia; es la del sheikh Ashmed-el-Badawí, que nacido en Fez, vino á establecerse á Tantah, y murió aquí en olor de santidad. Las dos ferias que se celebran al año, coinciden con las fiestas religiosas de este santón, que es considerado como el patron del Bajo-Egipto.

Adelante; una multitud de villorrios quedan por ambos lados del camino. Se descubre una caravana. Es una multitud de camellos que llevan sobre sus espaldas viajeros coronados de blancos turbantes. Los ginetes siguen con el cuerpo el movimiento de vaiven del tardo animal, y llevan en la mano enormes báculos, como me figuro han de haberlos llevado los patriarcas. Mujeres y hombres á pié acompañan á los de los camellos. Cada camello es conducido por un pedestre, que lo lleva por el cabestro. Los chicos, aun los mas pequeñitos, van á horcajadas sobre los hombros de sus madres, teniéndose con las

dos manos de la cabeza de ellas. Quisiera ser pintor para dibujar este cuadro.

Las chozas de los pobres son muy miserables. Las paredes son circulares, formadas de lodo, y por toda techumbre no tienen mas que ramas secas. La forma singular de estas chozas tiene mucha semejanza con los nidos de las golondrinas. De seguro esta semejanza es conocida en el país, pues los pobres dan á sus habitaciones el nombre de «eishash» que en árabe quiere decir nido.

No dista mucho el Cairo. Me inclino por la ventanilla para ver hácia adelante, y descubro á lo lejos dos formas angulares que se dibujan sobre el horizonte. Son las Pirámides. Al descubrirlas siento impresion singular en mi pecho. La emocion descompone mi rostro. Me quito el sombrero y saludo desde lejos esas masas enormes que parecen ser un término medio entre las obras de Dios y de los hombres.

Hemos llegado al Cairo. Cuatro horas y media de viaje. ¡Que Dios sea loado! Antes de que el camino de fierro fuese establecido, se venia de Alexandria al Cairo por agua, y se hacian cuatro dias de camino, ni mas ni menos. La diferencia, por consiguiente, es de tres dias y veinte horas; tengan mis lectores la bondad de decirme si es una bicoca.—

Veronesi va á alojarse á su casa, y yo al hotel, como es claro. Me encuentro de manos á boca con un dragoman. Esta palabra «dragoman» viene de «turgaman,» voz árabe que significa intérprete. Trujaman, que en español quiere decir asimismo intérprete, se deriva de dragoman visiblemente.

El dragoman, pues, que viene á encontrarme, me dice en correcto frances:

—¿El señor quiere ir al hotel del Nilo?

El nombre me seduce, y respondo que sí.

Montamos en un carruaje y echamos adelante. Atravesamos multitud de calles estrechas. Caminamos veinte minutos. Por fin el ve-

hículo se pára. Pago al cochero, el dragoman se echa á la espalda mi equipaje, y entramos por una calleja estrecha y sucia, que es el paso del hotel. Llego al despacho y pido con desenfado un cuarto.

—No hay uno solo, se me responde; todos están ocupados.

—¿Cómo? pregunto con indignacion, este hombre que me ha traído aquí, ¿no es empleado del hotel?

—No señor.

—¿Pues quién es?

—Es un dragoman de tantos como hay en el Cairo.

Difícil me sería describir la rabia que sentí al verme de tal suerte engañado. Un movimiento mio bastó para que el dragoman desapareciese de la escena. Un mozo del hotel cargó con mi equipaje hasta la calle. Allí tomé un coche y me fuí á buscar donde alojarme.

Hotel de Oriente: vamos al hotel de Oriente. No hay ni un rincón siquiera. Hotel del Comercio: la misma respuesta. New-Hotel: idem.

Una alma caritativa me asegura hallaré alojamiento en el Hotel de la Esfinge. ¡Bravo mil veces! ¡Bien por el nombre enteramente egipcio y enteramente antiguo!

Bajo al despacho.

—No hay ni un cuarto, se me contesta.

Hago una señal de mal humor, y me dirijo á la puerta.

Antes de salir me detuvo el hostelero.

—Si el señor quiere, puedo improvisarle un aposento, me dijo.

A estas palabras sonrio, alumbrado por una dulce esperanza. Yo no queria sino un lugar en donde reclinar mi cabeza.

—Veremos, contesté, fingiendo indiferencia.

Fuí conducido al comedor.

—Aquí, me dijo el hostelero mostrándome una cabecera de la sala, pondrémos un lecho, y haré cerrar el frente por una cortina.

Allí habria, por tanto, aire, luz, ruido de platos, olor de comida,

y carencia absoluta de libertad. La proposicion no era aceptable, y por lo mismo la rechacé desde luego.

Segunda vez me dirijo á la puerta y segunda vez soy detenido.

—Hay manera de arreglarnos, dijo el maese.

Y me condujo á una pieza que no tenia puerta y apenas estaba dividida de otras dos por un tabique delgado que no llegaba al techo. Hube de contentarme con aquel aposento, y definitivamente me instalé en él.

Como ya era tarde me puse á escribir hasta las seis. Por la noche, desvelado como estaba, me recogí á buena hora y me propuse conciliar el sueño. Pero no tuve esa dicha, por varios motivos. En primer lugar, el lecho estaba infame; en segundo, no era yo el único habitante del lecho; y en tercero, junto al tabique donde estaba mi cama, se hallaba del otro lado la de un famoso banquero de Alexandria, y su esposa. Así, que las sinuosidades de la armazon maldita sobre la cual estaba tendido; los insectos alados y sin alas que se precipitaban ciegos contra mi cuerpo, sonando su trompeta ó sin sonarla; y las amorosas pláticas de los dos esposos que tiernamente se amaban, y estaban de mí á tres pulgadas, no me permitieron cerrar los ojos en toda la noche.

Enero 16 de 1873.

Al comenzar la luz á inundar mi estancia, vencido por la fatiga de dos noches de vela, me quedé dormido; mas ¡oh hado inflexible! en aquel entonces la pequeñita hija de los banqueros se despertó sobresaltada y comenzó á atronar los aires con los gritos que daba. Los banqueros, á fuer de buenos padres, hicieronla venir á su lecho, y por consiguiente á dos pulgadas de mí estuvo sonando aquella música por espacio de dos horas.

Estoy muy lejos de culpar á nadie de mi infortunio. Es muy natural que los banqueros se amaran tiernamente, y es mas natural todavía que amaran al fruto de su amor mútuo, punto de convergencia

de su sentimiento. Pero al mismo tiempo no pude menos de levantarme asaz mohino y maltrecho, como consecuencia de la fatiga de dos noches de desvelo.

Mi primer diligencia tan luego como me vestí, fué dirigirme al mae-se y notificarle que me era imposible permanecer en aquel tugurio, y que me hallaba dispuesto á pasar la noche debajo de las estrellas, antes que volver á sujetarme á aquel triple martirio. Contestóme que no tenia mejor lugar donde hospedarme, y yo salí á la calle por ver si encontraba en otro hotel algun aposento que me conviniera.

Pero fué en vano que cruzara el Cairo en todas direcciones recorriendo uno por uno todos los hoteles, incluso las «locandas.» En el New-Hotel habian subido de tal modo los precios, que ochenta francos (diez y seis pesos) al dia costaba un mal lecho, aparte de la comida.

Tan extraordinaria afluencia de gente me dejó sorprendido, y no podia yo convenir en que la capital de Egipto estuviese de ordinario tan concurrida. No faltó quien me sacara de dudas, diciéndome que la causa de aquel innumerable gentío eran los próximos matrimonios de cuatro príncipes con cuatro princesas de la sangre real de Egipto. Entonces pedí con gran curiosidad pormenores sobre este famoso acontecimiento, y se me dijo que Tewfic-Paschá, hijo del Khédive y presunto heredero del trono, iba á casarse con la hija de Elhami-Paschá, hijo de Abas-Paschá, virey anterior á Ismail; Hassan-Paschá, hijo del virey, con otra hija de Elhami-Paschá; Fatma, hija del virey, con Tussun-Paschá, hijo de Said-Paschá, otro virey anterior á Ismail; é Ibrahim-Paschá, hijo de Ahmet-Paschá, hijo de Mohammed-Alí, con otra hija del virey.

Con motivo de estos himeneos, treinta y dos dias de fiestas se anunciaban en el Cairo, á razon de ocho por pareja. Esto me recordó lo que me decia mi nodriza en mi infancia, cuando terminaba los cuentos con que me divertia, con este remate obligado: «se casó la princesa, y hubo ocho dias de fiestas reales.»

Un famoso baile iba á tener lugar dentro de dos dias en el pa-

lacio del Khédive, y habian sido invitados á él altos personajes de Europa, todos los dignatarios de Egipto y los negociantes mas ricos del país.

Estas fiestas y este baile eran, pues, la razon por que llegaba tan gran número de viajeros al Cairo, y no habia alojamientos en los hoteles y estaban los precios de ellos tan subidos. Así es que fué en vano que yo buscara donde hospedarme. Por consiguiente volví al hotel de la «Esfinge» bastante contrariado, pensando en regresar á Alexandría. Curiosas y dignas de observacion iban á ser las escenas que se anunciaban en la ciudad, á causa de los matrimonios; pero esto no impedia que semejantes acontecimientos me fuesen contrarios, por las dificultades de todo género que habrian de oponérseme para verificar mis excursiones de viajero ávido de conocer antigüedades y visitar sitios célebres.

Afortunadamente habia querido Dios que el hostelero me escuchara con oídos de bondad, y al regresar á mi hotel encontré mi equipaje trasladado á un aposento cómodo. El único inconveniente que tenia este nuevo alojamiento, era el de que nos pertenecia en comun á mí y á otro caballero. Por fortuna mi compañero de habitacion era un viejo bien educado y de fisonomía agradable, que me recibió con suma amabilidad, y con quien hice amistad en seguida. Se llamaba Jorge Felletti, y era antiguo capitán de la marina italiana. Mezclado en las cosas políticas de su país, habia sido desterrado seis años de su patria. Vuelto á Venecia, su ciudad natal, habia emprendido negocios vastos, con el fin de dar trabajo á los pobres; de aquí resultó que se arruinara y se viera precisado á expatriarse de nuevo, viniendo á Egipto á buscar fortuna. Era grande amigo de Garibaldi y de Mazzini, de quienes tenia cartas que me enseñó. Era un feroz descamisado, mason y tal vez internacionalista. Pero esto no quitaba que fuera un hombre honrado, de conversacion agradable, excepto cuando hablaba de religion y blasfemaba comparando á Mazzini con Jesucristo, como lo tenia de costumbre.